

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR / SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

A lo largo de este tiempo de Pascua, hemos reflexionado sobre cómo Cristo resucitado nos encuentra en medio de nuestro miedo, camina con nosotros en medio de nuestra confusión, nos guía como nuestro Buen Pastor, se revela como el camino a seguir y pone Su Espíritu en nuestro interior. Esta semana, el recorrido de Pascua nos lleva hacia algo externo. En muchas diócesis, la Iglesia celebra este domingo la Ascensión del Señor, mientras que otras la celebran el jueves. En cualquier caso, se nos llama a participar en mismo misterio: Cristo asciende al Padre, no para dejarnos, sino para enviarnos hacia adelante.

Esta es una verdad relevante para quienes buscan liberarse de la adicción a la lujuria y de los apegos poco saludables que están arraigados en un deseo distorsionado. La sanación nunca está destinada a concluir en nosotros. La integridad, honestidad y libertad que recibimos no son regalos destinados a permanecer ocultos. Están hechos para compartirse. Así como los discípulos fueron formándose al tiempo de ir caminando al lado de Jesús, nosotros también somos transformados al recorrer el camino junto a Él, para luego ser llamados a compartir la esperanza que hemos recibido.

Antes de ascender al Cielo, Jesús da a sus discípulos una misión clara (Mateo 28:18-20): *“Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones... enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”* Jesús da tanto una comisión como una promesa. Él los envía, pero no solos.

Esto refleja una verdad fundamental en la recuperación sexual. Ninguno de nosotros encontró la libertad en el secreto o en el aislamiento. Alguien compartió con honestidad sobre su lucha oculta. Alguien nos recibió sin culparnos. Alguien ofreció apadrinamiento, amadrinamiento, responsabilidad, motivación o verdad cuando más lo necesitábamos. En algún momento, lo que se nos dio gratuitamente pasó a formar parte de nuestra sanación. Después,

muchas veces antes de sentirnos completamente listos, empezamos a reconocer que lo que hemos recibido está destinado a transmitirse.

Este es el espíritu del Paso Doce. Transmitir el mensaje muchas veces se parece a estar presente de manera fiel: responder una llamada, apadrinar a otra persona, asistir de forma constante, hablar con sinceridad sobre la lucha y la sanación o ayudar a alguien a salir de la culpa y entrar a la luz. Descubrimos que compartir nuestras heridas, habiendo sido transformados por la gracia, puede convertirse en un elemento de la libertad de otra persona.

En *La Espiritualidad de la Imperfección*, Ernest Kurtz y Katherine Ketcham escriben: “En las relaciones de unión damos recibiendo y obtenemos dando” (p. 83). Esto es profundamente cierto en la recuperación. Conservamos lo que tenemos al regalarlo. El servicio nos protege del aislamiento y nos recuerda que nuestra recuperación forma parte de algo mayor a nosotros mismos.

Las primeras lecturas a lo largo de la Pascua nos han mostrado la transformación de los apóstoles. Eran temerosos, confundidos e imperfectos, pero por medio del Espíritu Santo se convirtieron en testigos audaces. Su utilidad no surgió de llevar vidas perfectas, sino de entregarlas a Dios.

Esa misma verdad aplica a nosotros. No necesitamos esperar a que toda tentación desaparezca o que cada herida esté completamente sanada para poder ser útiles a Dios y a los demás. Nuestra honestidad se convierte en esperanza, nuestra humildad en testimonio y nuestra historia en parte de la sanación de otra persona.

A medida que la Pascua termina y Pentecostés se acerca, se nos recuerda que la recuperación no se trata solo estar libre de las compulsiones. Se trata de convertirse en amados hijos de Dios que viven de manera diferente: personas moldeadas por la gracia, fortalecidas por la comunidad y enviadas con un propósito.

Cristo ha ascendido a los Cielos, pero no nos ha abandonado. Permanece con nosotros siempre: en la Eucaristía, en la oración, en la comunidad y a través del Espíritu que está vivo dentro de nosotros. Lo que hemos recibido está destinado a compartirse. Mientras seguimos en la recuperación, se nos llama no solo a seguir a Cristo, sino a ayudar a otros a descubrir la dignidad, la verdad y la libertad que Él ofrece.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Quién te ayudó a salir de la culpa, el secreto o el aislamiento para entrar a una mayor honestidad y libertad?
- ¿Cómo se te está llamando a llevar un mensaje de esperanza o acompañamiento a otros que están en recuperación?
- ¿Qué entiendes por vivir como un hijo(a) amado(a) de Dios en este periodo de sanación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 1:12-14

SAL. RESP. Salmo 27:1, 4, 7-8

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 4:13-16

EVANGELIO Juan 17:1-11a